LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 8 DE JULIO DE 1889 — NÚM. 393

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

BELLAS ARTES



BAILE FLAMENCO, cuadro de F. Masó

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

BAILE FLAMENCO, cuadro de F. Masó

La decoración no puede ser más pintoresca: flores por todos lados embalsamando el fresco ambiente que por fuerza ha de respirarse bajo aquel hermoso emparrado por entre cuyas hojas asoman retazos de ese cielo andaluz, adjetivo que por sí sólo compendia todas las excelencias que puede tener un cielo.

La escena es típica, no cabe confundirla con otra ninguna: es la *juerga* en todo su esplendor con su *cante* y su baile, con sus palmadas y taconeos y con todos los desahogos de una imaginación meridional excitada por las libaciones de la insustituíble manzanilla.

Los personajes son flamencos de verdad; por sus venas corre lo que en su jerga se llama sangre torera y de sus entreabiertos labios no pueden salir más que el «¡Venga de ahí!» ó el «¡Bendita tu mare!» ó cualquiera de estas exclamaciones tan expresivas como intencionadas que sólo en estas fiestas flamenco-íntimas se escuchan.

¿Qué más hemos de decir en elogio del cuadro de Masó? ¿No lo ha titulado el autor «Baile flamenco» bien que aplicando este calificativo con demasiada amplitud pues español y flamenco no son una misma cosa? Pues si en la pintura todo, tipos, escena y decoración, es español ó por mejor decir flamenco puro y neto, dicho se está que nuestro distinguido paisano ha hecho una obra tal como la concibió embelleciéndola, además, con un colorido natural, brillante y simpático y haciendo verdadero alarde de prodigalidad en bellezas de detalles.

MARINAS, cuadros de J. M. Marqués

A Marqués se le pueden prodigar calurosos elogios impunemente, primero porque los merece y después porque las alabanzas no le engríen sino que le estimulan; lejos de llevarle á dormirse sobre sus laureles hácenle avanzar á pasos agigantados por el camino que indefectiblemente conduce al pináculo de la gloria.

Y esto es tanto más de admirar cuanto que Marqués no es especialista, sino que siente la belleza en todas sus manifestaciones y con poética fidelidad las reproduce; así empuña los pinceles para pintar figuras de elegancia y corrección irreprochables como arranca de su paleta los armoniosos tintes que su penetrante mirada supo descubrir en frondosa arboleda bañada por cristalino arroyo ó en pintoresco lago bordeado por apacibles ribazos ó en mar sin límites surcado por frágil lancha ó colosal navío.

Si Marqués necesitara darnos nuevas pruebas de lo que decimos, cumplidas nos las habría dado con las dos marinas que reproducimos: en ambas el agua tiene transparencia y movimiento, el horizonte es inmenso cual corresponde á pinturas de este género, el cielo manchado por pequeñas nubes en la una, cubierto de oscuros nubarrones en la otra, es el verdadero cielo de aquellas regiones holandesas y en las barcas y vapores que en el mar se ven casi se nota el dulce balanceo que las olas y la brisa en ellos imprimen.

¡Cuánta verdad, cuánta poesía en estas reproducciones del animado puerto de Amberes y de las risueñas riberas del lago que cerca la isla en donde está emplazada Dordrecht!

UN BUEN PARTIDO, cuadro de Tihamer Margitay

Los cuadros de género de Tihamer Margitay llamaron fundadamente la atención en las últimas Exposiciones de la Unión artística húngara de Budapest por su originalidad, por su admirable ejecución y por el humorismo satírico con que en ellos estaban reproducidas las costumbres modernas de ciertas clases sociales. Uno de los que más cautivaron fué «Un buen partido» y en seguida se adaptó al cuadro el siguiente argumento:

Las exigencias sociales han arruinado ó poco menos al *gentry*, noble de provincia, que en tal situación ve el cielo abierto al saber por un su amigo que un rico fabricante de paños no reparará en unos cuantos miles de florines más ó menos con tal de adquirir el castillo que á aquél legaron sus egregios antepasados. El tal fabricante tiene un hijo y el aristócrata cuenta en su prole una linda niña de diez y ocho abriles.

Una gran idea, como él la llama, se le ocurre al oficioso amigo: ¿por qué la finca no ha de quedar de la familia casándose los chicos? Y comenzando á poner en práctica el plan avístase con el *gentry* y después de una corta conferencia queda convenido que la presentación del joven plebeyo se verificará al día siguiente, aunque sin indicar al interesado el objeto de la visita. Llegado el momento, introducido el inconsciente pretendiente en la blasonada morada y hechas las presentaciones de rúbrica, el introductor empieza á pronunciar el panegírico del presentado encomiando su amor al estudio y al trabajo, sus excepcionales dotes de carácter y talentos para continuar la obra en que se ha enriquecido su padre, su educación brillante desde el punto de vista científico, etc. etc. Pero se conoce que no son estas las condiciones que más agradan á aquella familia tan rica en pergaminos y en ridiculeces como pobre en bienes y en conocimientos útiles y sólidos: nadie se fija en las buenas cualidades que al joven adornan y en cambio su cortedad y su embarazo hacen asomar á todos los labios burlonas sonrisas.

El candidato no ha hecho efecto: corrido y avergonzado busca un pretexto y se retira de aquella sociedad no sin llevar grabada en el corazón la imagen de la que, sin él saberlo, le había sido destinada por un padre más calculista que amoroso y por un amigo más bondadoso que ducho en tales lances.

Y ahora preguntamos nosotros ¿volverá? No lo sabemos, pero si pudiéramos aconsejarle le diríamos que si realmente se ha enamorado, insistiera en su empeño recordando al protagonista de «Por derecho de conquista.»

Y en cuanto á la aristocrática familia le diríamos: «¡Reíos cuanto queráis del plebeyo que pronto será dueño de vuestro malversado patrimonio! ¡Reíd! sí, pero acordaos del refrán francés *rira bien qui rira le dernier*, y tened la seguridad de que este *dernier* no seréis vosotros sino el hijo del pueblo que con su talento y su trabajo ha ganado lo que vosotros con vuestra ociosidad y vuestras tonterías habéis perdido.

TULIA PASANDO POR ENCIMA DEL CADÁVER DE SU PADRE, cuadro de E. Hildebrandt

Reinaba en Roma el bondadoso Servio Tulio cuyas sabias leyes en pro del pueblo habían atraído sobre él el odio del patriciado: su hija Tulia casada con Arunte, nieto de Tarquino Prisco, deseando precipitar la muerte de su padre y no pudiendo hacer de su esposo un asesino, entró en relaciones con Lucio Tarquino hermano de Arunte y casado con su hermana y á poco de haber envenenado á sus respectivos consortes se casaron y maduraron el plan de deshacerse del infeliz monarca para sentarse después de tamaños crímenes en el trono romano.

Lucio, impulsado siempre por la infame Tulia, entró en la conspiración que á la sazón tramaban los descontentos y un día se presentó en el Senado revestido de las reales insignias y rodeado de sus parciales armados. El anciano Servio Tulio acudió á reprimir la rebelión, pero Lucio Tarquino le precipitó por las escaleras y antes de que el desdichado conducido por sus leales pudiera llegar á su palacio fué alcanzado por los asesinos que lo remataron y dejaron su cadáver abandonado en la calle que en posteriores tiempos conservaba todavía el nombre de *Scelerata* que en recordación del crimen se le puso.

Tulia lanzóse al *Fórum* ansiosa de saludar al nuevo rey, el cual horrorizado por la infernal alegría de su esposa arrojóla de su presencia: llegada á la calle en donde el regicidio se cometiera, los caballos que la conducían detuvieron su veloz carrera ante el ensangrentado cadáver de Servio Tulio, pero la feroz Tulia ordenó á los esclavos que siguieran adelante y las ruedas de su carro pasaron por encima del inanimado cuerpo de su padre.

Hildebrandt reproduce esta escena con una verdad histórica y con una riqueza de detalles superiores á todo encomio: la terrible actitud de la impía Tulia, la impresión de horror y de desprecio que en todos los semblantes se retrata, la violenta posición de los caballos contenidos por su conductor y la fidelidad con que está pintada la calle por entre cuyas últimas casas divísase en el fondo el Capitolio, son otras tantas excelencias que justifican la fama de su autor y la admiración con que el cuadro fué visto en la última Exposición artística del Jubileo de Munich.

¡ENCALLÓ! Cuadro de Ad. Lins

¡Dichosa edad en que los más modestos entretenimientos son fuente de placeres que más tarde no hacen sentir las más ruidosas y variadas diversiones! Ahí le tenéis siguiendo con afanosa curiosidad la travesía del barco de papel que entre tumbos y tropiezos se desliza por el turbio arroyo y considerándose poco menos que otro coloso de Rodas porque por entre sus piernas ve pasar sus frágiles embarcaciones. ¡Qué es al lado de este contentamiento la satisfacción del almirante que con su poderosa escuadra atraviesa los mares venciendo obstáculos y desafiando tempestades!

¡Dichosa edad, repetimos, y dichoso el pintor que tan bien supo sentir y trasladar al lienzo esta escena llena de gracioso encanto!

D. LUIS CASTELLS Y SIVILLA, y la «Casa de España» en Buenos Aires

La biografía de D. Luis Castells está trazada en muy pocas líneas: nacido en Barcelona en 1858, diéronle sus padres, pertenecientes á distinguidas familias de esta ciudad, una educación sólida y esmerada colocándole en el Colegio de los RR. Padres Escolapios en donde su aplicación, buena conducta y talento granjeáronle la estimación de sus profesores. Sintiéndose desde muy niño con decidida vocación para el comercio y comprendiendo que el americano continente ofrecía más anchos horizontes y mayor porvenir á sus nobles ambiciones, consiguió no sin grandes esfuerzos vencer la cariñosa resistencia de sus amantísimos padres y embarcarse á los diez y seis años para la Habana en donde permaneció como dependiente de la casa Bosch y Palés hasta 1877. A partir de esta fecha la falta de experiencia y sobra de imaginación, las ilusiones y aberraciones de la juventud que cuenta con recursos pecuniarios y absoluta independencia fueron causa de que el corazón noble y el buen instinto del joven Castells sufriesen un período de contrariedades y accidentes lamentables que pusieron á prueba el temple de su alma. En 1882 el destino ó la Providencia llevóle á la ya floreciente capital de la República Argentina, en donde sus excepcionales condiciones le conquistaron muy pronto las simpatías y la protección de ilustres personalidades, entre ellas del ex-ministro de Hacienda de aquella república, eminente banquero y actual presidente del Banco de la Provincia de Buenos Aires y del Banco Mercantil de la Plata, D. Francisco Uriburu, cuya hermosa y distinguida hija, D.ª Elisa, es hoy la esposa de nuestro esclarecido compatriota. En aquella tierra poco menos que virgen brotaron y crecieron con maravillosa exuberancia las semillas que sembró su genio mercantil, cultivó su amor al trabajo y fecundizó su perseverante actividad: hoy Castells es banquero opulento, empresario infatigable é iniciador insustituíble de los más grandes y atrevidos negocios.

¿Queréis conocer su carácter? Infundid en un solo ser la intuición mercantil del inglés, el empuje del yankee, la imaginación del francés y la constancia del catalán y lo tendréis hecho tal como es en realidad.

¿Deseáis saber sus obras? Recorred la larga serie de empresas grandiosas que hoy prosperan en aquella poderosa república, buscad las que, al parecer, tengan los más opuestos fines y requieran las más encontradas aptitudes, y al frente de la mayoría de ellas, como iniciador en unas y como valioso cooperador en otras, encontraréis el nombre de Castells para quien todos los objetivos de tales empresas se compendian en conseguir al par que el propio engrandecimiento el bienestar de sus semejantes, y en sentir del cual todas las aptitudes para las mismas indispensables se resumen en estas dos que en tan alto grado posee: laboriosidad y perseverancia. Así concibió su mente y llevó á cabo su esfuerzo la construcción de la hermosa población de «Villa Elisa,» bautizada con tal nombre en obsequio del de su esposa, y la fundación del Banco Mercantil de la Plata, establecimiento de crédito cuya rápida prosperidad le ha puesto, apenas nacido, por encima de los Bancos similares del antiguo y del nuevo mundo. Así han adquirido bajo su impulso colosal desarrollo empresas de tanta magnitud como la Compañía colonizadora del Limay, las Canteras de Minuano, los Arenales, y Puerto del Sauce, la Compañía de Muelles y Depósitos del Puerto de la Plata y otras muchas que sería prolijo enumerar.

Pero Castells es algo más, es mucho más que esto: Castells no sólo es millonario sino que merece serlo porque sabe serlo.

Castells gasta una fortuna en adornar su coche para la fiesta de las flores de 1888, pero paga por entrar en el Corso diez mil duros, no por ostentación sino porque sabe que el producto de las entradas es para la Sociedad de Beneficencia de Buenos Aires; Castells emplea fabulosas sumas en embellecer con extensos parques y suntuosos edificios la Villa Elisa en donde ha de alzarse su espléndida morada, pero no menos fabulosas las consume en obras de caridad y con una sola firma hace dichoso al venerable D. José Valero creyendo cosa la más natural del mundo una acción que conmueve al ilustre anciano hasta el punto de impedirle expresar su gratitud de otro modo que con abundantes lágrimas y entrecortados sollozos; Castells se ha enriquecido en Buenos Aires pero regala á la provincia la Escuela modelo de Villa Elisa con rentas suficientes para asegurar á perpetuidad la educación y enseñanza de doscientos niños, pagando así con usura á su patria adoptiva con ciudadanos dignos, honrados é instruídos los millones con que ella recompensara sus trabajos; Castells no es fácil que vuelva á establecerse en su madre patria, pero deseando tenerla á su lado erige para ella y le hace donación de suntuoso edificio en donde tendrán digno albergue todas las instituciones que en aquellas lejanas tierras mantienen vivos el recuerdo y la representación de la noble España.

Y no es esto todo; Castells tiene á gloria ser español pero estima como gran honra ser catalán: la idea de España va en él siempre unida a la de Cataluña, así es que cuando ha pensado en devolver á su madre patria un pedazo de aquel territorio que antes poseyera ésta por entero, no lo ha hecho sin señalar en él una porción no escasa para sus hermanos; por esto bajo la enseña de la legación hispana se cobijarán el *Centre Catalá* y el Montepío de Montserrat y por esto la «Casa de España» sobre ser un edificio nacional en donde hallarán seguro refugio y honroso amparo los españoles todos, será la colmena que guardará la cera y la miel de los laboriosos catalanes.

Nada diremos de este magnífico palacio que su fundador titula modestamente *Casa*: el grabado que reproducimos y las minuciosas descripciones que hace tiempo viene insertando la prensa nos relevan de entrar en detalles acerca de ese hermoso edificio; sólo consignaremos que su construcción comenzará en breve y que en la ceremonia de la colocación de la primera piedra serán padrinos el Presidente de la República Argentina y S. M. la Reina Regente de España representada por la ilustre y digna compañera de D. Luis Castells á la cual nuestra Soberana ha concedido la banda de María Luisa.

Vamos á terminar.

No ha sido nuestro ánimo escribir una biografía completa de don Luis Castells y Sivilla, que con profusión han publicado los periódicos españoles y bonarenses. Nos hemos propuesto simplemente desahogar nuestra satisfacción y dar rienda suelta á nuestro entusiasmo tributando un modesto pero cariñoso homenaje á un ilustre compatriota cuyas acciones bendice la generación presente y admirarán las venideras y cuya historia es un consuelo para el desvalido, un estímulo para el hombre laborioso, un ejemplar digno de imitación para los ricos, un timbre de gloria para España y un título de noble y legítimo orgullo para Cataluña.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

CADENA DE PRISIONEROS DE UNA TRIBU REBELDE, EN MARRUECOS, dibujo de Guillermo Nicolet

Este dibujo está tomado de un episodio de la rebelión de los beni m'guild, de 1888, que presenció el artista belga Mr. G. Nicolet durante los días en que estuvo en el campamento del sultán de Marruecos cuando éste se dirigía á los santuarios de Muley Ismael y de Edris el Kebir después de la feliz terminación de la campaña contra las tribus insurrectas.

Los infelices prisioneros van atados á una larga y pesada cadena de hierro para ser conducidos á las prisiones de Fez, Mequinez y Marruecos, teniendo que hacer de este modo á pie fatigosas jornadas. El cansancio, el calor, el hambre, la sed y las enfermedades no tardan en causar innumerables bajas entre estos eslabones humanos, pero como hay que presentar en el lugar de destino tantos hombres como fueron entregados en el punto de partida, á los que sucumben por el camino ó á los que no pueden seguir al convoy se les corta, en presencia del kaid y de su escolta, la cabeza que después de salada se echa en una cesta y se carga en una acémila.

Tal es la explicación del dibujo de Mr. Nicolet en el cual aparece en toda su grandiosidad el ardiente desierto y están maravillosamente reproducidas la expresión de fiereza de los vencedores y la de abatimiento y sobre todo la de indiferentismo musulmán de los vencidos.

Si en el cuadro resultan algunos fragmentos de un realismo casi repugnante, culpa es no del artista sino de la horrible escena que tan bien supo copiar y que no es más que un punto en la vasta serie de horrores que la guerra trae consigo en unas regiones en donde impera una religión fatalista absurda y en donde prevalecen unas costumbres brutales y salvajes.

¿No ha sonado todavía la hora de que la civilización europea emprenda la obra de regeneración de aquellos países que á pesar de su proximidad á nuestro continente permanecen sumidos en la barbarie?

Algo más meritorio sería esto que mantener á Europa en ese intolerable estado de continua alarma en que la tiene la paz armada, causa de tantas ruinas y amenaza constante de desastrosas guerras.

CASA NUEVA

Tenía un servidor de Vds. vivo deseo de habitar en una casa nueva, pero enteramente nueva, es decir, acabadita de edificar, no por otra cosa sino porque en una casa nueva no hay, por lo regular, ni ratones, ni cucarachas, ni chinches, ni pulgas, ni hormigas, ni están sucias las paredes, ni deslucidas las puertas, ni se ha muerto nadie todavía, y por consiguiente no se puede temer que haya quedado trasconejado algún microbio alevoso que pueda hacer al nuevo inquilino el favor de comunicarle bonitamente la enfermedad de que murió el anterior.

Y, lo que me ha sucedido pocas veces en este pícaro mundo, logré lo que deseaba. Pasé una tarde por cierta calle no muy céntrica pero cortita y alegrita, y ví que en una casa novísima, sin estrenar, estaban desalquilados todos los pisos, pues en todos los balcones había papeles.

– Aquí está lo que yo busco, – me dije, – y me entré en el portal, recién estucado, limpio, reluciente, con su doble puerta de cristales, sus dos brazos en las paredes para gas, y su portería deshabitada.

Como no ví á nadie en la portería ni en el patio, donde había una fuentecita con su grifo dorado en que todavía no había puesto la manaza ninguna criadota groserota, subí al piso principal y viendo la puerta abierta entréme. Allí había gente, allí estaban dos señores, el uno con su americana y su hongo y el otro con su chaquetón, supongo que sería suyo como del otro las prendas citadas, que me saludaron muy corteses, y me enseñaron el cuarto. ¡Qué bonito cuarto! Las paredes de la alcoba principal parecían espejos, los papeles primorosos no presentaban ni la más ligera rozadura; la cocina declaraba que allí no había puesto la planta ninguna cocinera, y la despensa estaba convidando á llevar los ricos jamones, los sabrosos embutidos, la olla de la manteca, en fin todas las provisiones de una familia de otra naturaleza y de otras costumbres que el ayunador Succi.



MARINA (Amberes), cuadro de J. M. Marqués

Enamoréme de la casa y me lo conocieron aquellos señores, que eran el uno, el de la americana, dueño de la finca, un almacenista de muebles de la calle de los Estudios, y el otro el maestro de obras aparejador que la había construído.

Hiciéronme ver que en la cocina entraba el sol hasta el fogón, que en la despensa se había abierto una claraboya para ventilación muy conveniente á las provisiones de que la llenaría el inquilino, que en el comedor cabían lo menos doce ó catorce personas comiendo muy anchas, cosa que les dije no podría suceder siendo yo el inquilino, porque me guardaría muy bien de convidar á tanta gente, y que la sala con aquel papel de medio color y aquellas medias cañas doradas estaba pidiendo un mobiliario de lujo y de gusto, indirecta del casero y almacenista de muebles de que no me hice cargo, y me señalaron dónde se había de poner el sofá, y los sillones, y el entredós... En fin, estuvieron muy amables conmigo, y el dueño me significó su deseo de que estrenara la casa, y siendo el precio, después de rebajar algo, el que me convenía, prometí ir el día siguiente á formalizar el arriendo y á pagar el trimestre.

– Mire usted, – me dijo, – los primeros días no habrá portero, porque el que va á servir la plaza ha caído ma-



MARINA (Dordrecht.—Holanda), cuadro de J. M. Marqués

lo, pero vendrá un dependiente mío á cuidar de la casa, hasta que se instale el portero, que es uno del orden con una mujer, muy guapa *ella*, que me ha servido á mí antes de casarse.

No habían pasado veinticuatro horas y ya estaba el carro de mis muebles á la puerta de la casa nueva, y yo ocupado en el arreglo del despacho, que era lo que me interesaba. – «Aquí el retrato de Cervantes, y entre los de Fray Luis y Santa Teresa, el de Sagasta. Junto al balcón la mesa. ¡Qué delicioso! Aquí voy á escribir yo sin parar comedias, tragedias, sainetes, loas, poemas, novelas. ¡Qué bien se está aquí para trabajar! ¡qué silencio! ¡qué hermosura de casa limpia, elegante, sin miasmas *deletreros*, como dice un diputado amigo mío y del gobierno!...» – Así pensaba al mismo tiempo que colocaba los libros en los armarios, y limpiaba el polvo á los bustos de Garibaldi y Espartero, y ponía sobre la chimenea las fotografías de Sara Bernardt, Becerra, Mazzantini, y el toro que mató á Pepete.

Ya era bien entrada la noche cuando despedí á los mozos y al conductor del carro, y pude cerrar la puerta de mi casa, y abrir la de un cuarto excusado en que encerré á la gata, para que no se me fuera mientras estuvo abierta aquélla. Salió el animal y le hice las más oportunas y prudentes reflexiones acerca de la conducta que debía de observar en la casa nueva, á fin de conservar suelos y paredes sin la más leve sombra de mancha, y cumplida esta obligación, estuve recreándome largo espacio en la sala, en el gabinete, en la alcoba, en el comedor, y otro discurso enderecé á la criada recomendándole la más exquisita limpieza, lamentando que no fuera ella una hada ó sílfide, aunque gallega, para que no tuviera necesidad de poner el pie sobre las losas impecables de aquella cocina sin igual. Con menos paciencia que la gata me oyó la doméstica, y su contestación fué una rabotada con que tropezó con el quinqué de petróleo y lo tiró al suelo, donde se hizo añicos la porcelana y se vertió el líquido. No la maté por no tener arma á mano, pero la maldije, y la acémila, que ya estaba harta del trajín en la mudanza y que, sin duda, no tenía el delicado sentimiento de la pulcritud, y creía exageradísimas mis prevenciones y reprensiones, se desató el mandil, lo tiró sobre el fogón y me pidió la cuenta.

No la detuve, le puse el dinero en la mano y me quedé sin criada, y á las observaciones de mi familia que no creía prudente en tan críticos momentos prescindir de los servicios de aquella funesta moza, contesté estoicamente, como hubiera dicho en ocasión análoga el mismo Sócrates:

«A casa nueva criada nueva.»

No nos sucedió la primera noche cosa extraordinaria á no ser la insignificante molestia de no poder dormir porque nos lo impidió el frío húmedo que nos penetraba los huesos. Por la mañana estábamos todos los de casa acatarrados, y de aquella época data á no dudar el entretenido reuma que alguna vez viene á distraerme de memorias de otro tiempo y de melancólicos pensamientos.

La mañana siguiente, cuando más ocupado me hallaba en el arreglo de la casa, colgando cromos en el comedor, poniendo los tiradores de las campanillas, clavando mapas en el corredor, como cosa que nunca se ha de examinar, y buscando sitio donde instalar las jaulas de los pájaros al sol, porque los animalitos tiritaban de frío, sorprendióme un fuerte campanillazo. Salí á ver quién solicitaba entrar, creyendo que sería acaso el portador de una credencial que yo esperaba, pero no era tal, sino un hombrón mal encarado con muchas llaves en la mano.

– Señorito, – me dijo, – yo soy el dependiente del amo que estoy abajo en la portería mientras no vienen los porteros, y ahora me tengo que *dir*, porque han venido á avisarme que mi mujer va á dar á luz. Si viene alguien á ver los cuartos ahí tiene V. las llaves, y hágame V. el favor de que la chica los enseñe.

– ¿Qué chica?...

– La criada, digo.

– No la tengo, se marchó ayer.

– Pues el caso es que yo no puedo... Ya ve V. que uno no ha de ir á dejar á su mujer en esa disposición. Mire V., no vendrá nadie, porque por esta calle no pasa un alma; sólo alguno que va huyendo de la justicia; pero si por una casualidad viniera alguna persona, no tiene us-



UN BUEN PARTIDO, cuadro de Tihamer Margitay

8 vols



CADENA DE PRISIONEROS DE UNA TRIBU REBELDE, EN MARRUECOS, DIBUJO DE G. NICOLET



TULIA PASANDO POR ENCIMA DEL CADÁVER DE SU PADRE, cuadro de E. Hildebrandt

ted que molestarse, le enseña V. el suyo, porque todos los cuartos son iguales.

– Pero, hombre...

– Mire V., cada llave tiene su cartón con el precio del cuarto. Mi amo es un hombre muy arreglado. Muchas gracias, caballero. Bien me dijo el amo que V. parece un infeliz, una persona muy conforme.

– Oiga V.

Pero el hombre me dejó las llaves y se fué á escape. Aunque no me gustó el encargo, disculpé al hombre á quien movían en aquellos instantes sentimientos tan tiernos como el del amor conyugal y el de la paternidad.

Volvía á mi interesante trabajo cuando otro campanillazo me hizo volver á la puerta.

Abrí creyendo que sería el del parto, pero no; era una señora, una señora vistosa, bien aderezada, aunque de mañana, que me dijo:

– Perdone V.: ¿no hay portero en esta casa?...

– No señora; está de parto, digo, está malo.

– ¡Qué diablura!... Quería ver el cuarto segundo

– Pues aquí tengo la llave... Pase V., señora, y perdone que la reciba en este *negligé* tan... *negligé*.

– Usted es quien ha de perdonar. ¿Es V. el casero?

– ¡Ay! no señora, soy el primer inquilino de esta casa. Pero no necesita V. incomodarse en subir; el cuarto de arriba es exactamente igual á este.

– ¡Ah! entonces... si es V. tan amable...

– Sí señora, sí.

Y al decir esto á la señora oí dentro unas toses y unos portazos que al punto me hicieron comprender que á la parte femenina de mi familia no le parecía bien mi proposición de enseñar la casa.

Pero ya no era posible retroceder. La señora estaba dentro y se dirigía á la sala. Yo la seguí.

– ¡Bonita sala!... Con buenos muebles estaría preciosa, – dijo la señora con la mayor tranquilidad. – ¡Ay! ¡qué retrato! – exclamó fijándose en el de mi abuela colocado sobre el sofá. – ¿Es Zumalacárregui?... Yo tengo uno en casa y se parece.

– Señora, es mi abuela.

– ¡Ah! perdone V., como tiene esas patillas...

– Pues mire V., fué una real moza, según decía mi padre.

– No lo dudo. La alcoba es pequeña... Para Vds. que tienen una cama tan pelada basta, pero la mía dorada á fuego, con colgaduras y dosel, no cabría aquí. Las alcobas me gustan á mí grandes. Figúrese V. que yo tengo la cama, como digo...

– Sí, ya sé, con colgaduras y dosel...

– Un armario de dos cuerpos, del renacimiento, un secreter Luis XIV, donde guardo las joyas, un reclinatorio, un lavabo muy hermoso de mármol, dos mesas de noche...

– ¿Dos?...

– Sí, señor, una á cada lado de la cama, un baño, una cómoda de alcanfor, otro armario de limoncillo y dos butacas...

– Vamos, está V. bien amueblada, – le dije, pesaroso de mi amabilidad.

– Sí, señor, lo que es en cuanto á mobiliario, pocas casas como la mía. ¿Y el comedor?...

– Ahí lo tiene V.

– ¡Jesús! aquí están bailando los muebles. Yo tengo una mesa de mármol de una pieza como cuatro veces esa de pino...

– Señora, no es de pino.

– Sí, señor, sí, chapeada de nogal, pero de pino; yo entiendo mucho de muebles. No estaría mal el comedor, con mi aparador de roble tallado, y mis doce sillas salomónicas, y mi trinchero...

– Señora, veo que esta casa no es para dama de tan alto rango.

– Diga V., ¿y no hay aquí un cuarto obscuro, lo que se llama un cuarto de leones?

– Sí, señora, este.

Ya se había acercado ella al cuarto que pretendía ver, y en vano quería abrir la puerta; desde dentro la apretaban las mujeres de mi casa que allí se habían refugiado para que no las viera aquella dama.

– ¿No se abre esta puerta?

– No, señora, – le dije, – están los leones dentro.

– ¡Jesús! – dijo sonriéndose. – ¿Y la cocina?...

– Ahí la tiene V.

– No es chica, pero yo la necesito más grande

– Sí, ya entiendo, una cocina salomónica también.

– Pues V. perdone la molestia. No me conviene el cuarto. Estos cuartos son buenos para familias... así...

– Vamos, dígalo V., señora, para familias de poco pelo como la mía.

– ¡Jesús! no he querido decir eso.

– Pero lo ha pensado V., y me tiene sin cuidado.

– ¡Ave María!... ¿Por quién me toma V.? Sepa V. que yo soy una señora, y en la calle de la Sartén, núm. 80, bajo, tiene V. su casa. Margarita Pardillo, para servir á V.

– Gracias, gracias. Ya conocía á V. de nombre.

– ¿Sí?...

– Sí, señora; me ha hablado de V. Pepe Calores, uno que fué empleado en la Deuda.

– ¿Calores?... No he conocido más calores que los del verano.... – repuso con irónico desdén aquella dama de quien efectivamente Pepe Calores, comprometido y arruinado por ella, contaba primores, y acaso los seguirá contando en el penal donde se halla, sufriendo condena por defraudación y otros excesos.

– Que V. lo pase bien, – díjome saliendo.

– A los pies de V., salomónica señora, – le contesté cerrando la puerta.

Después de esta inoportuna visita hube de sufrir la justa reconvención de las personas de mi familia por haber enseñado el cuarto á la señora Pardillo, y prometí no volverlo á hacer.

– ¡Qué señora!... ¡Buen peine! – pensaba yo. – El pobre Pepe Calores, un hombre tan formal y tan metódico, la conoció y bien caro le ha salido el conocimiento. Ya no le bastó el sueldo, y buscó por caminos peligrosos lo que no podía adquirir de otra manera, y el infeliz, menos listo que algunos que por ahí andan tan ufanos mirando por encima del hombro á los hombres de bien, y mejor recibidos y más agasajados que éstos en todas partes, se perdió para siempre.

Otro campanillazo me interrumpió en estas ociosas reflexiones.

Eran dos jóvenes, es decir un joven y una joven, ella más joven que él.

– ¿Tiene V. las llaves del cuarto 3.º? – me preguntó él.

– ¿Por qué lo pregunta V.?

– Para ver el cuarto, si puede ser.

– Pues, no señor, no puede ser, – le dije, porque me parecieron sospechosos aquel joven con el sombrerito ladeado y aquella joven que parecía no haber roto un plato en su vida.

– Pues V. se lo pierde, – repuso el joven.

– Más se lo perderá V. que yo, – contesté cerrando la puerta.

– ¡Qué bien he hecho! – pensé. – Dios sabe qué intenciones traía ese joven. Acaso medita un crimen. La sociedad está muy pervertida, y sobre todo la parte joven de la sociedad. Suceden todos los días cosas que le ponen á uno los pelos de punta.

Por suerte volvió el dependiente del casero encargado de la vigilancia de la casa y le entregué las llaves. Su mujer no saldría de su cuidado, según dictamen facultativo, hasta la noche.

Crean Vds. que me cansé grandemente en el arreglo de mi casa que, como se dice, parecía una tacita de plata, y á las nueve de la noche ya estaba en la cama, rendido de fatiga, pero satisfecho de haber empleado bien el día, exceptuando los quince minutos que me entretuve enseñando el cuarto á la señora Pardillo. Olvidaba decir á ustedes que por la tarde recibí una criadita muy agradable, casi una niña, dulce y candorosa como una pastorcita de la Arcadia, una paloma sin hiel, de la que respondía el carbonero, que por no estar desocupado de cofres, maletas y trastos el cuarto destinado á la doncella, se avino á tender un colchón en la cocina y á pasar allí la noche durmiendo el sueño de la inocencia.

A las diez todos dormíamos ese mismo sueño, ú otro, y las dos serían cuando desperté sobresaltado oyendo angustiosas voces de mujer. Algo ocurría dentro de mi hogar. Quise coger el *revolver*, pero no lo pude coger, porque nunca he poseído este instrumento de muerte, y sólo pude tomar la caja de cerillas, y echarme fuera de la cama bastante *escamado*. La criadita angelical era la que gritaba. Pensé salir al pasillo y por la ventana del patio llamar á los vecinos, pero desistí recordando que no había en la casa más vecino que yo. La criada vió en el montante de la puerta de escape de la alcoba la claridad de la luz que yo había encendido, y vino gritando: – ¡Señorito, agua!... – ¿Hay fuego? – le pregunté. – No señor, agua, agua. – Pero animal, bebe, si quieres agua. – Es que cae agua. – ¡Ah! ¡que llueve! Pues deja que llueva. ¡No me has dado poco susto!... – Y apagué la luz y me dispuse á volver á la cama. Pero la chica me gritó: – ¡Que llueve dentro de casa!

No tuve más remedio que salir de la alcoba, envolviéndome en la manta, como César en la toga, y de esta guisa me presenté á la doncellita que me hizo ver el lago que ya habían formado las aguas en la cocina y en la despensa y en el corredor amenazando inundar toda la casa. La muchacha tiritaba en camisa y yo le habría dado de buen grado la manta, pero tuve que contener este impulso humanitario por altas consideraciones de pudor. ¡Qué noche! Del techo de la cocina caía el agua sin cesar un punto, y á aquella hora, sin portero abajo, y sin las llaves del cuarto de arriba, la situación no podía ser más angustiosa. Era aquello una desolación. Todo el Lozoya pasaba por nuestra casa y yo me consideraba ya un nuevo Noé sin arca. En vano busqué la llave de la puerta de la calle, pero me ocurrió que la tendría el sereno. Abrí el balcón, llamé á este funcionario, que me dijo no le habían entregado todavía la llave de la casa nueva, y que no tuviera cuidado. Le rogué que avisara al amo de la casa, á la de Socorro, al alcalde de barrio, al gobernador, al canal de Lozoya, al ministro de la Gobernación, y el hombre se me enfadó, y me reconvino y me amonestó para que no escandalizara la calle.

– Eso no será nada, – decía, – se habrá soltado una fuente de arriba. En siendo de día se verá y se arreglará todo.

– Así le soltaran á V. un toro de seis años, – le gritaba. – Vaya V. á avisar al juez, ó le tiro un tiesto.

– Usted sí que irá al juzgado por *desataco* á mi autoridad.

Y las aguas crecían y ya me figuraba como se hundía sobre nosotros el edificio.

A las cinco y media ví asomar un guardia civil embozado en su capa que iba muy de prisa.

– Guardia, – grité desde el balcón, – benemérito guardia.

Paróse el hombre y empecé á explicarle lo que me pasaba.

– No puedo detenerme, – me dijo interrumpiéndome, – no soy de esta comandancia, y voy á llegar tarde al tren.

– ¿Pues adónde va V. ahora, hombre de Dios?

– A Huesca.

Y apretó el paso con esta dirección.

A las seis se abrió la taberna de enfrente, y pude conseguir que un chico que salió á colocar en la puerta una mesilla con frascos de aguardiente para el público madrugador, me hiciera el favor de ir á avisar el suceso á casa del casero.

A las siete llegó el casero con el maestro de obras, y el hombre de las llaves, y vino la policía, y se reunió en la calle mucha gente, y vinieron unos periodistas, y se me llenó la casa de curiosos que deseaban saber lo que había sucedido.

Lo sucedido era que un mal intencionado que subió la tarde anterior á ver el cuarto, dejó abierto y atado el grifo de la fuente, y cerrado el conducto de desagüe. Para mí y para mi familia no tuvo el lance otras consecuencias que meternos en cama todos á sudar el catarro. Habíamos estado al balcón cinco horas. Y todavía damos gracias á Dios porque no nos aplastó la casa, en la que hubo precisión de hacer varias reparaciones que nos produjeron la consiguiente molestia.

Por fin quedamos tranquilos después de algunos días de obra en la cocina, donde no se pudo guisar, pero nos arreglamos haciendo traer de la fonda la comida, gastando bastante más de lo ordinario y regalándonos con unas salsas picantes muy perjudiciales á la salud.

Todo entró en orden; se instaló el portero en propiedad, guardia del orden, como ya se ha dicho, casado con una asturiana de rechupete, á quien el guardia respetaba y veneraba más que al capitán y al coronel, porque, según confesaba, ella le había hecho hombre al muy zopenco. El cuarto segundo se alquiló á un caballero muy bien portado, que dijo ser hermano de un diputado que dentro de breves días vendría del distrito, y no ocurrió en toda la semana más incidente desagradable que el suicidio de un enamorado que subió á ver el cuarto tercero y se pegó un tiro, por lo que vino el juzgado y no pudimos salir de casa en todo el día y toda la noche, y después hube de hacer muchos viajes á las Salesas, donde perdí algunas tardes y mucha paciencia.

Pocos días después de este suceso, noté con satisfacción que había vecinos en el cuarto segundo. Sin duda había venido ya el diputado. La gente de mi casa sostenía que no habían traído muebles, pero yo afirmaba lo contrario, porque oía martillazos como de clavar alfombras ó de colgar grandes cuadros, todo lo cual me indicaba que ó estaba ya en su casa el diputado ó le preparaban conveniente y confortablemente la habitación que ocuparía de un momento á otro. Y esto era indudable, porque en la escalera, al caer la tarde, encontré dos hombres, obreros, al parecer, que bajaban del cuarto, cada uno de ellos con su espuerta de herramientas. ¡No eran malas herramientas! La mañana siguiente oí ruido de gente en la calle y en la escalera. Salí á ver qué sucedía. Otra vez allí el juzgado, otra vez la policía, otra vez los periodistas, y numeroso público invadiendo la calle y la escalera. En el cuarto segundo de la casa inmediata cuyos dueños estaban ausentes y habían vuelto de mañanita, habíase encontrado un gran boquete en la pared medianera de las dos casas, por donde los ladrones habían entrado, robando infinidad de joyas, dinero, papel del Estado y todo lo que hallaron á mano. Los nuevos inquilinos del cuarto segundo de mi casa habían sido, á no dudar, los autores del golpe de mano. Hace de esto mucho tiempo y no creo que hayan sido habidos... Pero ¡cuántas veces tuve que ir á las Salesas para ayudar á la justicia en sus investigaciones, declarando lo que había notado desde mi cuarto, cuántos golpes sobre poco más ó menos habría oído, qué señas tenían las personas que ví bajar del cuarto segundo, á qué hora empezaban los golpes y á qué hora terminaban, y en fin, de qué individuos de la especie humana habitantes en Europa sospechaba yo que pudieran tener responsabilidad en aquel escandaloso atentado contra la propiedad, á todo lo que no pude contestar absolutamente nada.

En resumen, al mes de haberme trasladado lleno de ilusiones á la casa nueva, tuve por conveniente mudarme á una casa vieja y habitada, sin reparar en ratones ni en papeles deslucidos, ni en el número de cadáveres que habrían salido de ella en los años que lleva en pie, y sólo siento que en la otra perdí treinta días de trabajo y adquirí este reuma que no merezco, y se me escabulló la gata en la segunda mudanza, y los mozos me perdieron infinidad de libros, dejándome incompletas las obras de más de un tomo, y el retrato de mi abuela, en una terrible rozadura al bajarlo un mozo refractario á todo arte bello, ha perdido las patillas, con lo cual ya no se parece á Zumalacárregui, como decía la señora Pardillo, pero tiene todo el aire de un pastor protestante.

CARLOS FRONTAURA

EL PRO Y EL CONTRA

Tiene el pensamiento humano un poderoso y eficaz auxiliar en la imaginación, que concreta y simboliza todas las concepciones de la razón humana, prestándoles un

relieve que nunca podría darles ni aun la lengua de fuego del antiguo apostolado.

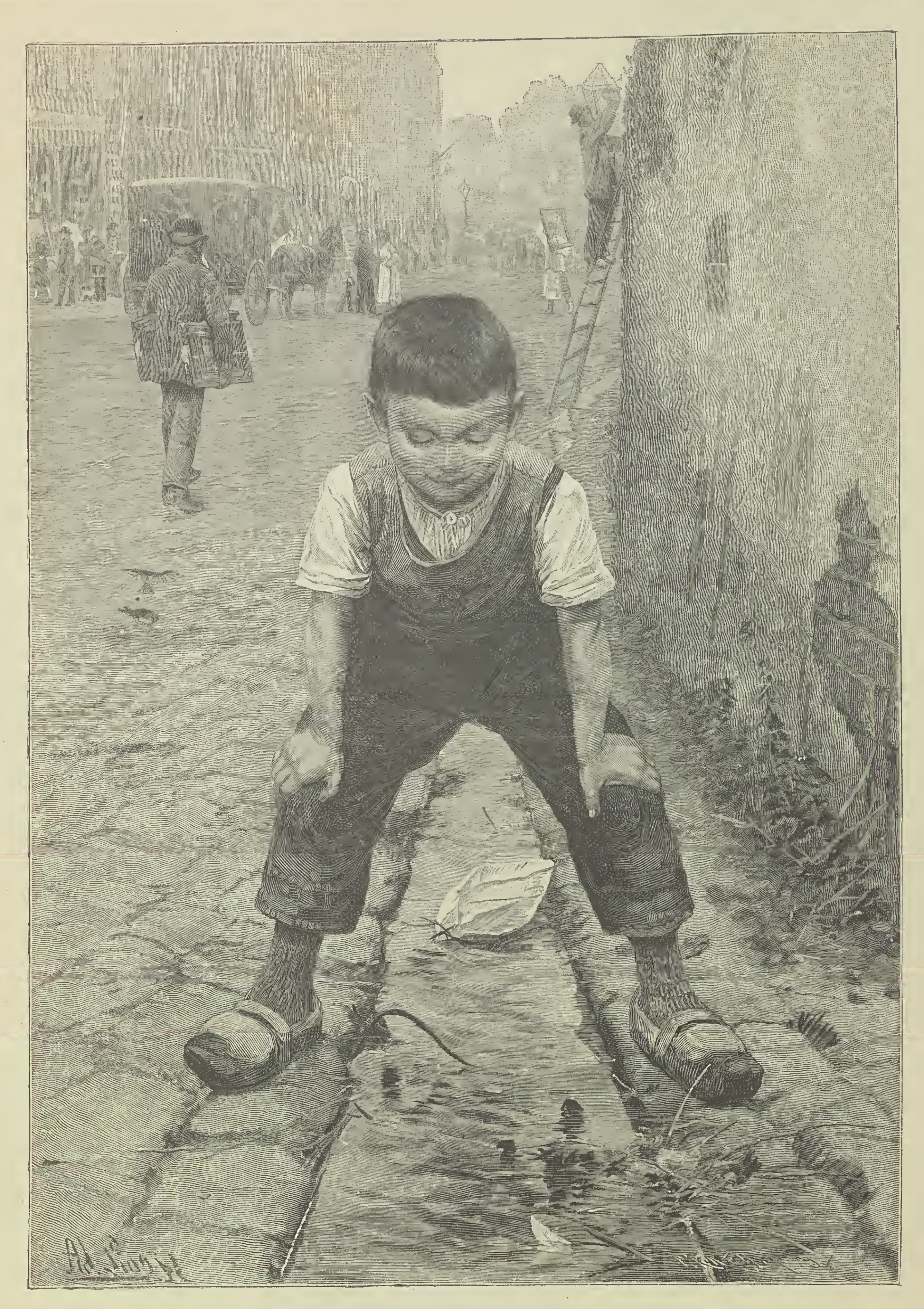
Las representaciones, informadas por la imaginación, sobre todo por la creadora, con cierta virtualidad, pueden declinar á veces (cuando obra por sí misma y sin atender á la racionalidad y contrapeso de las demás facultades), rompiendo la regularidad de la vida, en cuyo aspecto fué designada la imaginación la *loca de la casa*. Pero rectamente dirigida puede tener una aplicación fecundísima á toda la vida, pues en la ciencia populariza y da relieve escultural á sus verdades, en el arte vulgariza la contemplación de la belleza y en moral y religión pone la realidad suprasensible al alcance de todas las inteligencias y de todos los corazones, con la eficacia virtual del ejemplo en las buenas obras y de la contemplación en símbolo sensible de la armonía y orden que rigen el mundo moral y la vida religiosa.

Desde la anécdota de la belleza de Friné, defendiéndose ante sus jueces con la belleza de sus formas hasta el trapo rojo y gualdo, símbolo y lábaro de tanto heroísmo, la imaginación ha poblado el mundo de la ciencia y de la superstición, del arte y del artificio, de la moral y de la licencia, todo con símbolos y esquemas, que, á semejanza de la estrella que guiaba á través del desierto al pueblo elegido, han dado tonos salientes á las más dormidas energías del espíritu humano. Los símbolos han conseguido, con la fácil y rápida comprensión de que son susceptibles, interesar hondamente el corazón humano por las más opuestas causas, quizá poniendo de manifiesto la profunda verdad que encierra la observación del Pesimismo, cuando dice «que nadie se mata por nada claro.»

Las sangrientas guerras religiosas, los matices imperceptibles de una honra puntillosa, todo ha tomado cuerpo en símbolos y esquemas, revestidos de una universalidad, exenta de excepción, cual si la racionalidad humana abrigara el constante empeño de poner en duda su propia condición á toda hora y momento.

Más creyentes ha catequizado el Catolicismo con la riqueza suntuaria del esplendor de las artes, puestas al servicio del dogma, que infieles ha convertido la lógica de sus apologistas ó la unción evangélica de sus oradores. Un Cristo de Velázquez ó una Virgen de Murillo es ó ha sido argumento más eficaz para el corazón humano que pláticas, sermones y apologías de un Fenelón.

En otro orden de relaciones, distinto es (quizá media un abismo de distancia) el resultado obtenido por los nuevos métodos pedagógicos del alcanzado por la rutina tradicional del dómine, especie fósil que con su palmeta en la mano, agrio de carácter, frío en sus afectos, aun presume que la letra con sangre entra. Desde que la nueva Pedagogía sigue fielmente el método intuitivo y allí donde no puede poner delante la cosa que ha de enseñar, la muestra en copia, imagen ó símbolo, convirtiendo la escuela en Museo de material científico para seguir el sabio precepto clásico, *ludendo pariterque monendo*, ha sustituído la severa y por adusta repulsiva actitud del magister con la sonriente y agradable fisonomía del que mueve é interesa por igual todas las energías humanas para que colaboren al hermoso despertar de la conciencia humana.



¡ENCALLÓ! cuadro de Ad. Lins

Precisión, fijeza, claridad, proselitismo y universalización, tales son las condiciones favorables, que presta la imaginación á toda empresa, en la cual interviene, y apenas si existe obra seria, de interés colectivo, que tome plaza en la existencia, sin su poderoso y eficaz auxilio. Que si comienza la madre cariñosa poblando el pensamiento del niño de imágenes sonrientes, no se desdeña la ciencia de recurrir al símbolo para expresar aquellas nociones, que tocan en los linderos de lo que Spencer denomina *Indiscernible*. Lo que se sabe y lo que se presiente, lo conocido y lo desconocido, todo toma cuerpo y existencia plástica en el simbolismo, con que la imaginación circunda la vida.

El coco y el fantasma, las personificaciones y castillos de naipes de todos los sueños de rosas y del mundo de ilusiones, con que primero la infancia y después la juventud intentan penetrar en las brumas de la vida, creyendo que disipan sus tinieblas, son esfuerzos que se repiten en otras edades, con propósitos diferentes, cuando representa, por ejemplo, la ciencia lo infinito con el símbolo de la culebra, mordiéndose la cola, y la justicia con el de la balanza mantenida en el fiel por medio de la espada. Aun en lo *Inefable*, en lo tenido por la Teología judaica como cosa (la primera y más alta) sin palabra y sin signo, aun en lo que se idea como no susceptible de representación penetra el poder imaginativo y anhela circunscribirlo á las condiciones de espacio y tiempo, que auxilian á toda percepción sensible y facilitan despertar emociones vivas y duraderas. Propósitos más ó menos realizables que sirven de señal y prueba evidentes de que nada escapa ni excede de este *medio interior*, algo semejante al *medio interior orgánico*, reconocido por C. Bernard como condición precisa de todo ser vivo.

Pero la realidad, la exterior y la propia, es por demás compleja, parece prisma de infinitas caras, posee su anverso y reverso, su pro y su contra. En el mundo dice la más cándida observación que todo tiene sus ventajas y sus inconvenientes. No debe extrañar por tanto que, al lado del ditirambo que ciencia, arte, religión, todo puede entonar en pro de la imaginación, se destaque el cuadro de sombras que el uso y abuso de la fuerza imaginativa esparce en todas direcciones al través del pensamiento y de la vida. La Historia lo enseña por modo elocuente. Tras la imagen está siempre el iconoclasta. Tan pronto como se eleva la estatua, comienza la obra sorda, de mina, persistente, que horada su pedestal.

No puede ser de otro modo, porque de persistir el símbolo, de perpetuarse la imagen, quedaría suplantada la realidad por la sombra, cogeríamos la cáscara y arrojaríamos la nuez. La frondosa aparatosidad de la vestidura externa asfixiaría la energía interior que cubre y el *Plus ultra*, ley de vida y de pensamiento, quedaría ante muros de contención, detenido por tiempo, ya que completamente negado no fuera posible. El *vino nuevo* del Evangelio (símbolo de símbolos) hará estallar el *odre viejo*.

¿Cómo se explica semejante ley? ¿Por qué todo símbolo y toda imagen ha de ir, como ya entendía el carácter práctico de los romanos, al Panteón para ser sustituído por otro?

Observemos que la representación (germen de todo símbolo é imagen) es dada, existe *en* el que se la representa, concibe ó imagina, pero es, procede, dimana *de* lo representado y *según* ello se ofrece para ser concebido. Y como lo representado no se agota, ni acaba, y el que lo concibe *coge* (siquiera no sea materialmente) de ello sólo fase, aspecto ó término, pero no su íntegra constitución y modo de ser, resulta que, á través del tiempo y efecto de la ley del progreso, el pensamiento, incoercible, sin límite fijo, excede del señalado por el símbolo y no cabe dentro del marcado en la imagen. La imagen es el vestido (que no crece como la túnica del redentor) del pensamiento. Pero el pensamiento progresa, crece y la vestidura de la imagen es estrecha para sus nuevos desarrollos, de suerte que no se adapta ni ajusta aquél dentro de ésta, el primero rompe la segunda y de ahí la necesidad de que tras la imagen aparezca el iconoclasta, el que ha de derribarla, quizá para sustituirla por otra, pero al fin la primera quedará anulada.

El que recorre un Museo de los que ya se forman con cierto carácter enciclopédico puede comprobar la ley que indicamos y hallarla verificada con señales indelebles dentro de las inmensas galerías de aquel Panteón donde duermen el sueño de todo lo que fué cuantos símbolos é imágenes han representado lo que ha creído y amado la humanidad de otros tiempos. Si queda hueco en aquellas galerías, ya se puede anticipar lo que habrá de llenarle, los símbolos é imágenes, que al presente gozan el favor de las gentes, que, siguiendo la misma ley, la que reconoce y pone de manifiesto que el ideal humano es un *ideal*



DON LUIS CASTELLS Y SIVILLA

dinámico, de acción, vida y movimiento hará que el símbolo, en que se condense uno de sus estados, se vea necesariamente convertido en estatua de sal, porque su estabilidad definitiva contradice lo instable y vivo de las energías, que plásticamente representa.

El ritmo de la vida impone la sustitución de unos por otros símbolos. La exclamación ya consagrada «los Dioses se van,» habrá de repetirse perdurablemente. Pero vuelven, porque el simbolismo es la atmósfera vivificante, que nutre todas las energías, y á unos suceden otros y otros y otros indefinidamente. Flor del Lothus, de existencia constante, pero de vida permanentemente móvil, el símbolo no vive sino de lo que simboliza. Cuando suplanta lo en él representado, á la religión sustituye el fariseísmo, al arte el artificio, á la ciencia la argucia escolástica, á la realidad y á la vida la sombra y la muerte.

Para que el símbolo viva y hiera las fibras del corazón ha de estar repitiendo constantemente *Remember*. ¿De qué se ha de acordar? De que procede del pensamiento, *hecho vivo*, que se forma y deforma siempre y del cual ha de nutrirse como la planta de la savia de la tierra.

U. GONZÁLEZ SERRANO

LA EXPEDICIÓN AMERICANA

Á LA BAHÍA DE LADY FRANKLIN

(Conclusión)

(Véase el número 390)

No disponiendo de espacio bastante para ocuparnos de diversos trabajos de esa misión (velocidad del sonido, las mareas, la hidrografía, el péndulo etc.) consignamos tan sólo los resultados de las observaciones magnéticas y meteorológicas hasta durante dos años.

La brújula estuvo en estado constante de agitación habiendo llegado á variar en más de 20° la declinación en Fuerte Conger cuando la gran perturbación de noviembre de 1882 que dejó sentir sus efectos en todas las estaciones magnéticas del globo. Las observaciones horarias de la declinación dieron en febrero de 1883 como valor medio de este elemento 100°37′ Oeste: la inclinación en la misma época fué de 85°. La presión barométrica media anual aumentó con la latitud desde el Sud de Groenlandia hasta la bahía de Franklin. La mayor parte del agua cae en forma de nieve y apenas forma una capa de o'10 metros de espesor al año; el cielo es de una pureza extraordinaria, especialmente en invierno; la temperatura media de tres meses de invierno es de 39° bajo cero, llegando en alguna ocasión (3 de febrero de 1882) á 52°8: á fines de junio el termómetro acusa la temperatura más elevada que no pasa nunca de 12°, de modo que la temperatura media anual es de 20° bajo cero.

A pesar de estos fríos la salud de los expedicionarios no sufrió alteración alguna importante.

Terminados de un modo tan brillante los trabajos que les habían sido confiados, Greely y sus compañeros no tuvieron más afán que regresar á su patria, volver al seno de sus familias: pocos, sin embargo, pudieron ver logrados sus deseos; la mayor parte de ellos pagaron con sus vidas, después de pruebas tan crueles como inmerecidas, algunas deplorables equivocaciones.

Todas las precauciones habían sido tomadas por el *Signal Office* para asegurar el regreso de la expedición; tres buques se enviaron en su auxilio: el *Neptuno*, en 1882, que detenido por los hielos no pudo pasar el paralelo 79 y que regresó á América dejando depósitos de víveres en distintos puntos á ambos lados del estrecho de Smith y en 1883 el *Proteo* y el *Yantic* que fueron expedidos juntos y de los cuales el primero naufragó sin que pudiera salvarse nada de la carga y á duras penas la tripulación y el segundo, después de recoger á ésta, hubo de abandonar el mar polar sin haber podido cumplir la salvadora misión que se le había confiado dejando entre aquellos hielos algunas aunque pocas provisiones.

El día 9 de agosto de 1883, el comandante Greely, viendo que los buques prometidos no llegaban y siguiendo las instrucciones que para este caso de antemano previsto le habían sido dadas, abandonó con sus compañeros el fuerte Conger y se embarcó en la chalupa de vapor y en las canoas llevando sólo los objetos más indispensables y los documentos más importantes y dejando abandonadas preciosas colecciones, instrumentos de gran utilidad y gran cantidad de víveres.

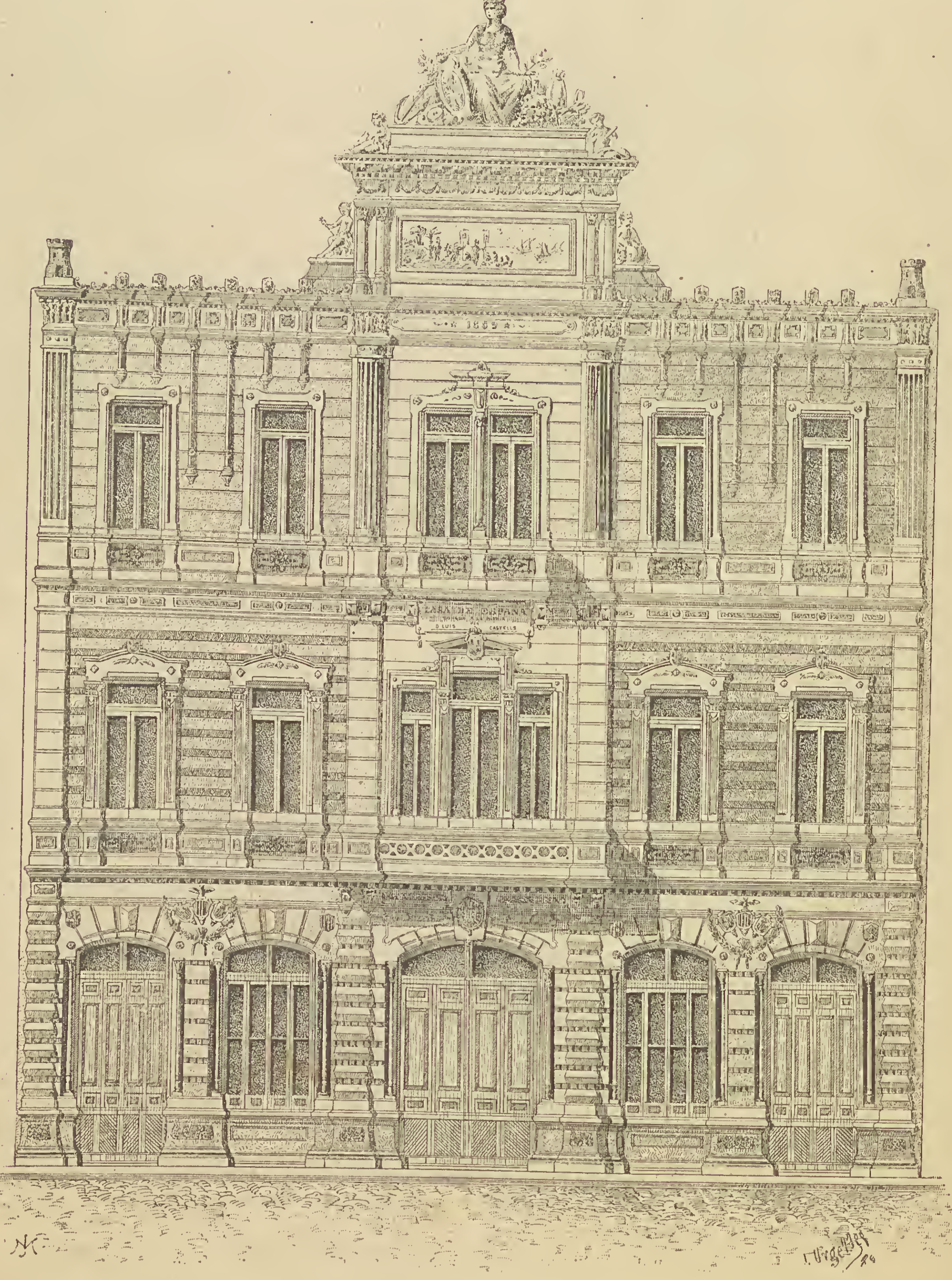
Después de un penoso viaje, el día 6 de setiembre la expedición se encontró rodeada de hielo por todas partes y hubo de abandonar la chalupa y dos canoas y meter en la otra documentos, víveres y trineos: á los veintidós días de marchar los expedicionarios por el hielo, rendidos por el frío y las fatigas y atormentados por terribles presentimientos, llegaron al cabo Esquimal, al Sud del cabo Sabine. El desencanto fué terrible: en los *cairns* que con febril ansiedad removieron, sólo encontraron las desconsoladoras noticias de las frustradas tentativas del *Neptuno*, del *Proteo* y del *Yantic*: la noche polar se aproximaba con todos sus horrores: Greely y los suyos, imposibilitados de volver atrás pues los hielos no estaban bastante unidos para utilizar los trineos y el mal estado de la canoa impedía aventurarse por aquellas peligrosas aguas, levantaron una cabaña de hielo y se dispusieron á pasar el invierno en la estación que denominaron *Campo Clay*; sus provisiones, reunidos todos los víveres que encontraron en los *cairns*, eran suficientes para esperar el 1.° de marzo, creyendo aquellos infelices que en este intervalo podrían los trineos atravesar el estrecho y ganar la opuesta costa en donde había depositadas otras vituallas. La nueva estación carecía en absoluto de los recursos naturales que tanto abundaban en Fuerte Conger.

La salud de los expedicionarios se resintió bien pronto de la insuficiencia de la alimentación; á mediados de abril estaban agotados todos los víveres, y sin fuerzas para irlos á buscar donde podía haberlos sustentáronse aquellos únicamente de líquenes, de langostinos insulsos y de pedazos de piel de foca hervidos: la muerte se cebó en el Campo Clay y en tres meses vió Greely arrebatados por ella á diez y siete de sus intrépidos compañeros.

En el entretanto la opinión pública de los Estados Unidos no echaba en olvido á sus valientes compatriotas; en mayo de 1884 el gobierno expidió dos nuevos buques, el *Oso* y el *Thetys* á las órdenes del capitán Schley, quien prometió no volver á América sin haber cumplido su peligrosa misión. En efecto, el *Oso* pudo llegar al cabo Isabel y enterado el capitán Ash (por una nota depositada por Lookwood en un *cairn* á fines de setiembre) de la posición del Campo Clay, no tardó en encontrar á los seis únicos sobrevivientes de la expedición, entre los cuales se contaba Greely, hoy jefe del *Signal Office*. Unas horas más, y sólo hubieran hallado un campo de cadáveres: aquellos infelices sin fuerzas, sin víveres, sin agua, azotados por una violenta tempestad que les había destruído la cabaña, no pensaban más que en la muerte como único medio de salvación. El doctor Pavy y los dos tenientes figuraban en el número de los muertos.

En Nueva York se organizaron grandes festejos para saludar el regreso de aquellos héroes que habían enarbolado la bandera norteamericana en regiones hasta entonces desconocidas: alguien quiso empañar la gloria de los expedicionarios acusando á los sobrevivientes de haber prolongado su miserable existencia á costa de los cadáveres de sus compañeros. Corramos un velo sobre este inmenso infortunio y teniendo en cuenta las imperiosas exigencias del instinto de conservación, dediquemos un sentido recuerdo á los mártires que perecieron por enriquecer los dominios de la ciencia y honremos á los vivos que con su abnegación y á costa de indescriptibles padecimientos han señalado nuevos derroteros por los cuales se llegará más ó menos tarde á la conquista del polo.

(De *La Nature*)



«CASA DE ESPAÑA» edificio destinado á legación española en Buenos Aires, costeado por D. Luis Castells y Sivilla

BARCELONA.—IMP. DE MONTANER Y SIMÓN